

---

# Después del Chaparrón

Arturo Ambrogi

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 7148**

---

**Título:** Después del Chaparrón

**Autor:** Arturo Ambrogi

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 9 de noviembre de 2021

**Fecha de modificación:** 9 de noviembre de 2021

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Después del Chaparrón

Después del chaparrón, violento y ruidoso, brilla de nuevo el sol. Detrás de un nubarrón, cuyo gris sucio comienza a aclararse por sus flecos, surge el primer rayo, súbitamente, como flecha de un arco escondido.

El campo, bajo aquella luz que de lo alto se cierne y cae en intangible polvo de plata, va, paulatinamente, impregnándose de deslumbradora claridad. Parece que esta claridad alguna mano leve y caprichosa la dejase caer de lo alto, poco a poco, con cierta indolencia femenina. Deslumbraba, pero no ofusca. Lo anega todo, en todo se cuele, por todas partes se arrastra, todo lo denuncia o lo detalla, a todo presta relieve; pero no llega a entibiar ni tanto así. Tiene la blandeza de una fugaz caricia. Hace el propio efecto de un aluvión de pétalos de rosas blancas que cayera, revoloteante, y rozara nuestra piel, nos envolviera unos instantes en su nevada y luego desapareciera. Es una claridad vaporosa, color de agua de manantial. Por los suelos, por entre el vellón de la grama, por entre las tupidas macollas de flor amarilla y de borraja, por sobre los manchones de escobilla constelada de pringas blancas y los prietos racimos de estrellas magentas de las maravillas, va, de puntillas, con delicadezas de enfermera, enjugando las hojas, sacudiendo los botones, y adornando prolijamente los retoños con diademas de fabulosas gemas. Y sube por los árboles, arañando los troncos lacrados de verruga, para asaltar las ramas mojadas. Sacude el viento las frondas con estremecimientos perezosos; y al removerlas, desgranana un copioso rosario de gotas, que ruedan y se sepultan entre la grama produciendo chasquidos. Va la claridad reconquistando terreno, poco a poco, y comunicando a la vez nueva alegría y nueva vida. En el ramaje de un

granado (El "Arbol Simbólico" de D'Annuzio), prende un incendio de bermellones y de carmines, y cincela, entre las hojas de un verde de loro, la redondez de los frutos propicios. Las menudas llamas de las flores, que magnifican el conjunto, crepitan sordamente, lamen la hojarasca que las encuadra, corren sobre la corteza, ascienden a la cima, o bajan hasta el pie del tronco. Y todo el árbol, en el prestigio del fuego, ardiendo en silencio, hace pensar en un gran ramillete de flores que Proserpina hubiese recogido a orillas del Pyriphlegeón, en los jardines que en sus ocios cultivan las tres Parcas: Clotho, Laquesis y Atropos; y vigilan las aladas Tisiphone, Alecto y Meguera.

\* \* \*

En la copa desmochada de un güacoco, un pico (flauta de ámbar) desgrana las notas iniciales de una canción. De aquel sitio surgen vivos reflejos ígneos. Una *chiltota* de cajeta, toda iluminada por el sol que seca su plumaje, agradece aquella magnanimidad, y lo demuestra así: cantando. Es la canción del bienestar la que el músico piñalero ejecuta en aquel momento, la canción indígena que ningún pentagrama ha podido aprisionar. La actitud de la *chiltota* es interesante: una actitud de inspirada: Santa Cecilia, suspendiendo la música de su clavicordio, para escuchar el rumor de las arpas celestiales... Las dos patitas del pájaro están aparejadas sobre la rama que se balancea a su peso, imperceptiblemente. Tiene el tendido el cuello, la cabecita escorzada, la cola caída, como el rabo de un fraque, y el pico, diminuta flauta de un solo agujero y millones de notas, levantando al cielo. Las notas de la canción, principiada como con desidia, se aceleran cada vez más, hasta llegar un momento en que su intensidad es tal, que parecen verdadera avalancha. Las notas se empujan, se atropellan unas a otras, ruedan en loco tropel, como azuzadas por un látigo. En se momento se piensa en que aquel buche repleto pudiera estallar, no siéndole posible resistir más; y que aquella maravillosa garganta, aquel pico prodigioso, llegaran a estallar en mil fragmentos. El canto de la *chiltota* colma y

regocija el espacio; chisporrotea a la luz, se diluye en el éter, apaga el leve murmurio de la lejana quebrada... De repente el canto se suspende, sin transición alguna, bruscamente. La *chiltota* despliega las alas y las sacude, como preparándose a volar. Todo su cuerpecito se inmoviliza. Ojo avizor, escudriña la tupidez del vecino matorral. Sobre la alfombra de hojas húmedas, se adivina un leve rumor sospechoso. Tal vez sea el arrastre cauteloso de alguna culebra. La *chiltota* tiene clavados los ojitos en aquel sitio. De pronto el ruido se apaga. Un momento más, y el trovador de los cercos, que endulza su voz en el zumo agridulce de las *piñuelas*, o en el aljófara de los dorados cepillos del *chupamiel*, alza de nuevo la cabeza al cielo, parece perder todo temor y empieza con más brío su interrumpida canción. Pero aquello es ahora algo insólito: es una sucesión de arpegios sin plan, de gorgoros sin orden alguno, derrochados al capricho, arrojados al viento como puñadas de arroz en sazón, que se atropellan al brotar del estrecho agujero del pico, tal como que sí, ya perdida la conciencia, en medio de aquel estupendo desbarajuste, el alado ejecutante quisiera embriagarse en el deleitoso moscatel de su canto, expirar en el pleno delirio de su loco reclamo.

## Arturo Ambroggi



Arturo Ambroggi Acosta (San Salvador, 19 de octubre de 1875 - 8 de noviembre de 1936) fue un poeta y periodista salvadoreño. Es considerado uno de los precursores del Modernismo en América Latina, y también destacó como cronista y autor de relatos costumbristas.

El padre de Arturo Ambroggi fue el general Constantino Ambroggi, de origen italiano, y su madre era la salvadoreña

Lucrecia Acosta. Estudió en el Liceo Salvadoreño y comenzó a publicar sus trabajos literarios desde el año 1890, cuando todavía era un adolescente. Ya en el año siguiente se desempeñaba como agente del semanario cubano La Habana elegante, y como colaborador de la revista salvadoreña La pluma, que le mereció elogios por parte de Francisco Gavidia y Rubén Darío, de quien se dice era su ídolo en la adolescencia. Dichos textos aparecieron en la Revista Azul del mexicano Manuel Gutiérrez Nájera. Otros trabajos de su autoría se publicaron en La revista ilustrada de Nueva York, uno de cuyos editores era Román Mayorga Rivas.

Ambrogio es considerado el primer escritor cosmopolita de El Salvador. También fue el primero que combinó las facetas de periodista y escritor en el país, como lo harían Alberto Masferrer, Pedro Geoffroy Rivas y José María Peralta Lagos, entre otros. Como cronista, fue de los mejores en su tiempo, y su estilo es calificado como riguroso, preciso y elegante; aparte que recurría a la ironía en ocasiones, y se distinguía como un buen retratista de personalidades.